

En efecto, en la historia intelectual de Laín hasta 1947 Hispanoamérica resulta «la gran desconocida»; sin embargo el examen de *Vestigios* demuestra que en 1947 (es razonable conjetura que ya se hablase de una revista dirigida a Hispanoamérica) Laín se hizo problema de las relaciones entre el viejo continente (y específicamente, como es natural, España) y el nuevo. Bajo el título *Europa, España, América* se publican tres escritos, según parece artículos de periódico, dos de mayo y uno de octubre, que plantean dicho problema. Según Laín, misión de Europa es el «descubrimiento de lo universalmente valioso en todas las creaciones humanas, incluidas las extraeuropeas»;⁸ «la Hispanidad, reserva y levadura de España e Hispanoamérica, no es sino una singular fidelidad a Europa», «es todo menos casticismo». «Todo lo humano cabe en la Hispanidad, a condición de que esta “humanidad” sea cristiana o cristianizable.»⁹ América «comenzó siendo, como todo lo que en la Historia Universal ha valido la pena, una utopía.» «El americano de pro —uno es un hombre de pro en cuanto no conoce el resentimiento, a diferencia del resentido, que es hombre de contra— miró con humildad y orgullo, mixtura no tan extraña como parece, su adscripción espiritual a Europa.» El indio que quiere ser antagonista lo hace por «otro racismo más, y no por orgullo, como los racismos germánico y judío, sino por resentimiento». Ahora América (Laín no especifica de qué América se trata, pero tendencialmente considera a América unitariamente, y cita el Far West después de citar la pampa) «se siente con fuerzas para dirigir el mundo».¹⁰

Se trataba de consideraciones que, a pesar de las palabras sobre los indios resentidos, correspondían a la profunda vocación de quien las hacía y explican la aceptación de la dirección de los *CHA*. Podía darse cuenta Laín de que en alguna manera se le instrumentalizaba; pero comprendía también que desde la nueva revista podía por su parte instrumentalizar en favor de su alta concepción integradora el instrumento que se le daba: después de todo, se reconocía la importancia esencial del diálogo. En efecto, escribió al frente del primer número de los *CHA* unas páginas: *Al que leyere*, en que explicaba que el programa de la revista consistía en «servir al diálogo», «un cristiano y consolador» diálogo. «Dialogo, luego existo»; «españoles e hispanoamericanos hemos de contarnos muchas cosas».¹¹

El primer número de los *CHA* traía un escrito de Laín: *La vida del hombre en la poesía de Quevedo*. Es el mismo escrito que abre *Vestigios*, que se vuelve a publicar en 1956 en *La aventura de leer*, que se recoge en 1965 en las *Obras*; un escrito cuya historia hace Laín precisamente en *Vestigios*: «Saqué del trance de nuestra guerra, entre tantas cosas, una honda intimidad con Quevedo», alimentada por conversaciones

gobierno de otras naciones occidentales. El coloquio no tuvo consecuencias; Ridruejo quedó en el confinamiento catalán hasta el verano de 1947; en Castellón de la Plana, en ocasión de los «Juegos Florales», declaró: «Nadie puede venir a decirle a la pobre España que tiene que ser así o de la otra manera», cf. Schmidt, 163.

⁸ *Vestigios*, 313.

⁹ *Ibidem*, 316.

¹⁰ *Ibidem*, 317-322.

¹¹ *CHA*, 1948, 1: «Con toda humildad, pero con toda decisión, vamos a emplear nuestra voz y la fuerza de nuestro derecho en la empresa de mostrar a los hombres que todavía es posible vivir y dialogar en amoroso, lúcido orden cristiano».

con García Valdecasas, Rosales y Ridruejo, «buenos quevedistas los tres». Había publicado en *Jerarquía* un ensayo sobre *Quevedo y Heidegger*, de manera que *La vida del hombre en la poesía de Quevedo* era el fruto de una gestación durada diez años: sin duda, uno de los escritos más entrañables de Laín, que a menudo, en las más diferentes circunstancias, cita versos de Quevedo, sobre la vida y sobre la muerte: Quevedo, «vitalista a su manera», «artista de sí mismo», es el clásico español más radicalmente presente en la obra de Laín. Laín le coloca en una serie San Agustín-Quevedo-Unamuno,¹² y de alguna manera le contrapone a Montaigne y Descartes, personajes, sin embargo, vividos y profundamente respetados por él: «Montaigne piensa en la muerte para hacer más sosegada y placentera la vida». En la primavera de 1986, en ocasión de un ciclo de conferencias sobre los cincuenta años desde la guerra civil, Laín habló en la Biblioteca Nacional de la muerte. La clave quevedesca era evidente.

Después del escrito sobre Quevedo, viene en *Vestigios* uno sobre el *Coloquio de los perros*. En ocasión del centenario cervantino de 1947 le invitaron a dar una conferencia en Valladolid: le «pareció todo un hallazgo» hablar del *Coloquio*. El escrito de tema cervantino se volvió a publicar, como el quevedesco, primero en *La aventura de leer* y luego en *Obras*; contiene también afirmaciones profundamente lainianas (de entronque orteguiano-diltheyano): Laín lee y quiere «mostrar su relación con la persona» que creó el escrito; «la obra de arte es siempre una confesión del autor». Pero en resumidas cuentas el hallazgo se queda en hallazgo: Cervantes con su ironía, así como el alférez Campuzano con su casamiento engañoso, no resulta del todo congenial a Laín.

No es mi intención hablar aquí de todos los escritos reunidos en *Vestigios* (son unos cincuenta). No pertenecen todos a 1948 ni a los años inmediatamente anteriores; recogidos, sin embargo, Laín los aceptaba, no pocas veces añadiendo informaciones sobre su procedencia y juicios actuales, es decir con un proceso de actualización consciente y hasta lúcidamente enunciado en el prólogo, donde explica el título de *Vestigios* y habla precisamente de «la actualización de mi pasado en tanto que pasado», de actualizar «mi propio pretérito en forma de presente»; por supuesto, la suya quiere ser «no la terca rigidez del “no enmendalla”, sino, al contrario, la módica satisfacción del que está siempre dispuesto a enmendarlo todo».

No siempre es fácil fechar los escritos recogidos; a veces Laín nos proporciona datos, casi nunca referentes a la sede de la primera publicación, a veces no. Muchos de los escritos de *Vestigios* se han vuelto a publicar, pero no siempre se trata de los más profundos, ni de los más importantes para la historia, que es a la vez intelectual, existencial, ética del autor. Por esto insisto en algunos de los que no se han vuelto a publicar.

¹² Merece ser recordado el escrito Quevedo y el casticismo, en *Vestigios*, 162-164, que importa también para aclarar la actitud de Laín frente a Unamuno. Según éste, definir el pueblo es falsearlo. Comenta Laín que Unamuno «con mente muy de su época» alude «a la presunta imposibilidad de reducir a conceptos genéricos el conocimiento de la realidad viviente y, más aún, la intuición de la realidad personal». Sin embargo, Unamuno se inclina a aceptar las caracterizaciones nacionales según la tendencia del «nacionalismo del siglo pasado». El espíritu castellano sería, según Laín, socarrón o trágico, pero sin la capacidad «de fundir en expresión unitaria, mediante el “humor” o la “ironía”, la burla y la tragedia, la sonrisa y el grito de dolor». Quevedo parecería confirmar el juicio de Unamuno: «la poesía de Quevedo sería una poesía disociada». ¿No hay «una visible disociación entre el picaresmo realista del Buscón» y «la gravedad sin resquicio del Marco Bruto»? «¿Español castizo o español aberrante? No es ése mi lenguaje. Me basta que sea hondo, humano, cristiano».